

## **DEL BUEN USO DE LA PALABRA**

**Fernando Gascó**  
*Universidad de Sevilla*

*"Reputation, reputation, the most important part of myself"*

### **1. Introducción**

El punto de referencia constante de la Segunda Sofística es la literatura del s. V y IV a. C. Sin duda constituye uno de los elementos más característicos de este movimiento cuyos protagonistas más destacados fueron biografiados por Filóstrato<sup>1</sup>. Pero al mismo tiempo -y este es otro de los rasgos de la Segunda Sofística- resulta evidente que, surgidos en circunstancias políticas muy diversas, aquellos modelos y actitudes con los que se pertrecharon los sofistas de época romana resultaban desmesurados para su tiempo. Como decía N. Loraux para el *Panatenáico* de Aristides, el *logos* es el mismo que el de los discursos fúnebres de los siglos V y IV a.C., pero el objeto y sentido que inspiraron aquellos (*ergon*) nada tenía que ver con las razones que pudiera tener el sofista de Hadrianos para componer su obra. Así las palabras parecen campar por sus respetos sin encontrar referentes acordes con su grandilocuencia y con el dramatismo que alentó a los clásicos en los que hallaban su inspiración los griegos de época imperial. Los griegos del siglo s. II d.C. no tuvieron unas Guerras Médicas en las que combatir ni sobre las que escribir -a lo sumo podían adular a Lucio Vero por sus campañas contra los partos<sup>2</sup>-, no había un Filipo II de Macedonia, cuya amenaza se entreviera en el horizonte, que levantara encendidos debates en Atenas, tampoco eran posibles rivalidades entre ciudades en la búsqueda

---

<sup>1</sup> F. Gascó, "Elio Aristides: historias griegas para tiempos romanos" en F. Gascó y E. Falque (eds.), *El pasado renacido. Uso y abuso de la tradición clásica*, Sevilla 1992, 37-52.

<sup>2</sup> Fue oportunamente criticado por Luciano en *cómo se debe escribir historia*. Cf. C. P. Jones, *Culture and Society in Lucian*, Cambridge (Mass.) 1986, 59-67.

de hegemonías efectivas, que pudieran terminar en enfrentamientos cruentos y generar historias o discursos políticos, ni siquiera un monarca helenístico podía alterar la situación de dependencia de las ciudades o las fronteras de los reinos. Los tiempos eran de paz -y así se proclamaba por unos y otros- y las situaciones extremas, así como los comportamientos heroicos habían dejado paso a una prosperidad satisfecha en la que participaba de buen grado la mayor parte de los griegos<sup>3</sup>. Al mismo tiempo el orden administrativo-político romano redujo ostensiblemente la capacidad de actuación de las aristocracias griegas fuera de los ámbitos municipales y por exclusión concentró sus energías sobre sus respectivas ciudades. Todo ello ofrecía un marco nuevo para la vida política, social y cultural. El vino viejo había que verterlo en odres nuevos.

En este nuevo estado de cosas, ¿cómo se había adaptado la oratoria clásica, muchos de cuyos procedimientos y temas se habían transferido con un mimetismo sin reservas? ¿qué sentido tenía su imitación y uso? ¿qué fines cumplía para los miembros de la Segunda Sofística pronunciar discursos en un medio en el que su efectividad y alcance resultaba dudoso? ¿para qué tanto esfuerzo en aprendizaje y por qué manifiestan un interés tan desmesurado por esta práctica? ¿quiénes son los oradores y qué modelos de comportamiento se elaboraron? Resulta comprensible que en los siglos del Imperio los griegos reflexionaran sobre la adaptación y buen uso que en las nuevas circunstancias se podía hacer del ejercicio de la oratoria.

Voy a intentar desarrollar este argumento a través de dos modelos muy distintos entre sí, los que ofrecen Luciano de Samosata y Elio Aristides. Pero mi objetivo, aunque el material que analizo se ha considerado tradicionalmente como literario, es histórico<sup>4</sup>. Lo que pretendo en estas páginas que siguen es ir desentrañando las formas de comportamiento, modelos y estrategias que tienen las aristocracias de las ciudades griegas.

## 2. Luciano y el Maestro de retórica

Luciano, siempre atento a lo que sucedía a su alrededor, aborda especialmente este tema en el *Maestro de retórica*<sup>5</sup> criticando el mal uso que se podía hacer de la palabra por parte de una persona que vivía de ella.

---

<sup>3</sup> Me permito citar la introducción que hice a Plutarco, *Consejos políticos*, traducción, introducción y notas, Madrid 1991, 17-32. En estas páginas desarrollo el tema y remito a otra bibliografía.

<sup>4</sup> Este trabajo es complementario con otro que se encuentra en prensa: "Para una interpretación histórica de las declamaciones", *Athenaeum* 79, 1992, 421-431.

<sup>5</sup> J. Schwartz fecha la obra en términos relativos después del 175 d.C. (*Biographie de Lucien de Samosate* (Collection Latomus, LXXXIII), Bruselas 1965, 109 ss.); Jones, *Lucian*, 105-108.

### a. Retórica y promoción social

Destaca en la obra desde un primer momento que la retórica se presenta como un conocimiento que tiene una vertiente práctica, que lo puede convertir en una carrera atractiva para aquellas personas que quisieran prosperar económica y socialmente. Expresamente indica que había gente que no era nada que se había convertido en famosa, noble y rica por sus discursos (*rh.pr.* 2). Ese carácter que se atribuye a la retórica de instrumento de promoción social lo reitera Luciano en otra obras (*somn.* 11-12,18<sup>6</sup>; *bis acc.* 27)<sup>7</sup>. Sin embargo, este valor instrumental que Luciano atribuye a la retórica es admisible sólo parcialmente<sup>8</sup>. La describe como un medio por el cual una persona de baja extracción social y con pocos escrúpulos puede alcanzar notoriedad y recursos materiales. Sin embargo, la información que tenemos apunta más bien a que la retórica es un signo de clase, es un indicador de que se pertenece a un grupo social que ha tenido acceso de una forma casi natural a una formación costosa y cuidada<sup>9</sup>; es, por tanto, una marca de exclusividad para quienes lo poseen como un elemento más con el que su familia los ha dotado. Hay, sin embargo, otras personas -las menos- que por sus aptitudes naturales pudieron aspirar a una educación cuidada y tuvieron éxito en la práctica docente y en la obtención de cargos que les asociaba con los miembros de la aristocracia.

### b. Destacar o morir

Pero el tema al que concede mayor importancia Luciano es el de las estrategias para alcanzar y mantener la notoriedad y estas como veremos más adelante si se pueden considerar como prácticas muy difundidas. El mal rétor es para el de Samosata aquel que, desdeñando el difícil aprendizaje de los modelos y recursos

---

<sup>6</sup> El término que utiliza Luciano es *paidéia*, pero por los desarrollos que ofrece se aprecia que en la época está prácticamente llena con la retórica.

<sup>7</sup> G. Anderson, *Philostratus. Biography and Belles Lettres in the Third Century A.D.*, Londres 1986, 43.

<sup>8</sup> Se ha pensado que la obra iba dirigida contra Pólux, aunque no está nada claro, cf. Schwartz, 118 ss.; Jones, *Lucian*, 108.

<sup>9</sup> Cuando interviene *Retórica en Doble acusación* (27) se refiere a la concesión que supuso atender a un muchacho "asirio" prometedor (Luciano) y descuidar toda una serie de pretendientes...ricos, honrosos y de familias notables, que sin duda constituían la clientela más habitual de los profesores de retórica. Sobre esta condición social privilegiada de los sofistas que admite no obstante distintos matices cf. G. W. Bowersock, *Greek Sophists in the Roman Empire*, Oxford 1969, 17 ss.; E. L. Bowie, "The Importance of Sophists" en J. Winkler y G. Williams (eds.), *Later Greek Literature* (Yale Classical Studies, XVIII), Cambridge 1982, 29-59; G. Anderson, "The *pepaideumenos* in Action: Sophists and their Outlook in the Early Roman Empire", *ANRW*, II 33, 1, 1989, 146-152. Para un caso concreto bien desarrollado e ilustrativo cf. Tullia Ritti, "Il sofista Antipatros di Hierapolis", *Miscellanea greca e romana*, XIII 1988, 80-83.

literarios (*rh. pr.* 9), utiliza todos los procedimientos concebibles para distinguirse y sobresalir; el mal rétor es un hombre sin escrúpulos y desvergonzado que sigue un camino fácil en el que las apariencias constituyen el principio y fundamento de su modo de ser (*rh. pr.* 11-24). Los procedimientos para hacerse notar son enumerados con cierta minuciosidad por Luciano: hay que cuidar el porte externo hasta el amaneramiento (*rh. pr.* 11,15-16); los discursos se deben salpimentar con ciertas formas áticas y temas que hagan pensar que su formación y recursos se ajustan con solidez a las prácticas al uso (*rh. pr.* 17-18); en ningún caso debe callar (*rh. pr.* 18) y si no le elogian ha de indignarse (*rh. pr.* 19); dirá algunas cosas incompresibles para que, quienes le escuchan, se queden pasmados sin dudar de él pues su imponente aspecto les da plena confianza (*rh. pr.* 20); a un rétor semejante le rodeará una corte de amigos y deudos que le sacarán de apuros y se convertirán en una caja de resonancia de sus autoalabanzas (*rh. pr.* 21); para conservar y adquirir reputación - y ello es lo principal- el rétor en cuestión ha de mantener una actitud de desdén frente a todos los otros rétores (por sus imitaciones incompetentes, por sus argumentos...), con tal fin hará un amplio uso de la crítica y la calumnia contra sus colegas<sup>10</sup> y en las intervenciones públicas ajenas mostrará ostensiblemente por medio de sonrisas irónicas e interrupciones su discrepancia al tiempo que su superioridad (*rh. pr.* 22)<sup>11</sup>; la desfachatez en su vida privada será un justo correlato de esta forma de concebir su carrera retórica y una demostración de que a él por su notoriedad todo le es permitido (*rh. pr.* 23)<sup>12</sup>.

### c. ¿Exageraciones de Luciano?

Con Luciano siempre sucede lo mismo. Su lectura en un primer momento hace pensar que sus descripciones son demasiado exageradas, caricaturas excesivamente gruesas. Sin embargo, una reconsideración posterior a partir de documentos contemporáneos o ulteriores pone en evidencia que sus retratos se ajustan mucho más a la realidad contemporánea de lo que en un principio se le suponía<sup>13</sup>. En esta ocasión el texto que viene a apuntalar los consejos que ofrece el *Maestro de retórica* de Luciano es el de las *Vidas de los sofistas* de Filóstrato<sup>14</sup>. Todos y cada uno de

---

<sup>10</sup> En el *Pseudologista* menciona las rivalidades que surgen entre los oradores (7).

<sup>11</sup> La asistencia con intenciones críticas a las declamaciones de los demás es mencionada también en el *Pseudologista* (6). En otro pasaje de la misma obra (*Pseudolog.* 29) menciona al público riéndose de los errores de un conferenciante.

<sup>12</sup> Sobre la vida depravada que lleva el mal orador cf. *Pseudologista* 8, 16.

<sup>13</sup> Cf. las consideraciones que hago sobre el particular, aunque el planteamiento quiere ser más genérico, en "Retórica y realidad en la Segunda Sofística", *Habis* 18-19, 1987-1988, 437-443.

<sup>14</sup> Jones, *Lucian*, 106 s. Sobre esta obra y Filóstrato en general puede verse el libro de G. Anderson, donde se podrá encontrar la bibliografía previa, *Philostratus. Biography and Belles Lettres in the Third Century A.D.*, Londres 1986.

los comportamientos y actitudes recomendados irónicamente por Luciano a un rétor para conseguir el éxito y conservarlo aparecen en la obra de Filóstrato como prácticas generalizadas en el ambiente de la Segunda Sofística o como rasgos de carácter de distintos sofistas afamados. La ostentación aconsejada por el *maestro* tiene en la vida de los sofistas un caso extremo en Polemón de Laodicea de quien, tras mencionar los reproches de que era objeto por su género de vida principesco<sup>15</sup>, Filóstrato dice que eran inadecuados pues por ellos consiguió celebridad para Esmirna (VS 532). Para todos los sofistas era evidente que la reputación o, si esta no era buena, que simplemente se hablara de ellos era fundamental para sus carreras. Filagro<sup>16</sup> decía a las claras que *recibía la peor ofensa si su persona era desconocida en algún sitio* (VS 578). Por su propia naturaleza la actividad de los sofistas era propensa para que se incurriera en gestos de fatuidad. Filóstrato lo comentó al enjuiciar ciertos comportamientos de Hipódromo de Tesalia<sup>17</sup> y destacó que *mostraba en sus exhibiciones una asombrosa afabilidad, pues aunque había elegido una profesión narcisista y engreída, jamás caía en el elogio de sí mismo y refrenaba las alabanzas exageradas* (VS 616). Era, por tanto, una excepción a la norma digna de ser destacada. En el mismo orden de cosas era importante que el porte exterior hablara de la notoriedad, singularidad y talento de los sofistas y así la belleza de Alejandro de Peloplaton<sup>18</sup> (VS 570) o la gallardía de Hermócrates<sup>19</sup> (VS 612) son complementos naturales que ayudan a sus facultades como oradores. Pero aquellos para con quien la naturaleza no había sido tan pródiga, no tenían empacho en suplir sus deficiencias con vestidos costosos, como Iseo<sup>20</sup> (VS 512 s.) o Adriano de Tiro<sup>21</sup> (VS 612), o con afeites como era el caso de Escopeliano<sup>22</sup>, quien era embromado por Timócrates porque se había entregado a los cuidados de las depiladoras y sus emplastos de pez (VS 612). Este, recordémoslo, era otro de los consejos del *Maestro de retórica*. Todos los procedimientos eran buenos para destacar en una actividad que se sostenía con el apoyo del público, la reputación o la expectación que se fuera

---

<sup>15</sup> "...cuando viajaba, le seguían una numerosa recua de acémilas, muchos caballos, muchos esclavos, muchas razas de perros, cada una para un tipo de caza, en tanto que él mismo viajaba en un carruaje con frenos de plata de Frigia o de la Galia..." (VS 532. Trad. C. Giner). Las referencias sobre el personaje pueden verse en G. W. Bowersock y C. P. Jones, "A Guide to the Sophists in Philostratus *Vitae sophistarum*" en G. W. Bowersock, *Approaches to the Second Sophistic*, University Park (Pennsylvania) 1974, 39 s.

<sup>16</sup> Bowersock-Jones, 39.

<sup>17</sup> Bowersock-Jones, 38 s.

<sup>18</sup> Bowersock-Jones, 36.

<sup>19</sup> Bowersock-Jones, 38.

<sup>20</sup> Bowersock-Jones, 39.

<sup>21</sup> Bowersock-Jones, 37 s.

<sup>22</sup> Bowersock-Jones, 40.

capaz de generar<sup>23</sup>. También Luciano recogía algo que tiene una presencia constante en la *Vida de los sofistas*, me refiero a cuando indicaba que el rétor debía mantener su reputación en contraste con otros rétores, su fama se apoyaba tanto en su capacidad de ser superior a otros en las posibles confrontaciones que pudieran surgir, como en el descrédito de sus contrincantes<sup>24</sup>. Y así surgieron las rivalidades<sup>25</sup> que enfrentaron a Iseo con Nicetes<sup>26</sup> (VS 513), a Favorino<sup>27</sup> con Polemón (VS 490 s.), a Herodes Atico<sup>28</sup> con todo tipo de personajes contemporáneos (VS 555,556 s.,559,563 s.,566), a Apolonio de Náucratis<sup>29</sup> con Heraclides de Licia<sup>30</sup> (VS 601,613), a Antípatro también con Heraclides (VS 614)<sup>31</sup> y a Filóstrato de Lemnos con Aspasio (VS 627). Incluso el prudente Dionisio de Mileto<sup>32</sup> celebrado por su ponderación no podía sufrir con paciencia la estrella ascendente de Polemón (VS 525 s.). Era lo normal, un modo de comportarse tan común que Filóstrato consideró digno de ser destacado que Rufo de Perinto<sup>33</sup> nunca se indispuso con nadie (VS 598). En estas rivalidades que menudeaban entre los sofistas jugaban un papel importante los discípulos que se convertían en una guardia de corps fervorosa<sup>34</sup> que podía sacar de apuros económicos a su maestro (VS 526 s.), dar una paliza a un contrincante -así hicieron por medio de sus sirvientes los discípulos de Adriano (VS 588)- o actuar como una clá propicia o adversa, que podía reventar las actuaciones de los rivales. Filóstrato cuenta la anécdota de cómo los discípulos de Herodes al saber que su rival Filagro a partir de la segunda declamación no improvisaba, sino que repetía discursos ya pronunciados, se presentaron en una de sus actuaciones y le iban leyendo en alto la misma declamación que el sofista aparentaba improvisar (VS 579). En un medio socio-profesional con tensiones semejantes, el carácter irascible y la altanería,

---

<sup>23</sup> El sofista pronuncia discursos en público y debe cuidar todos los aspectos relacionados con el espectáculo que se crea con la ocasión, que se asemeja desde nuestra perspectiva a una gala artística. Había que cuidar todos los detalles que contribuían a mejorar el espectáculo (lugar, público, captación de benevolencia, apariencia, voz...), cf. Anderson, "The *pepaideumenos*", 90 ss.

<sup>24</sup> Anderson, "The *pepaideumenos*", 96 s.

<sup>25</sup> Sobre estas rivalidades en general puede verse Bowersock, *Greek Sophists*, 89 ss.; Anderson, *Philostratus*, 43 ss.; Anderson, "The *pepaideumenos*", 160 ss.; F. Gascó, *Ciudades griegas en conflicto (ss. I-III)*, Madrid 1990, 29 ss.

<sup>26</sup> Bowersock-Jones, 39.

<sup>27</sup> Bowersock-Jones, 32.

<sup>28</sup> Bowersock-Jones, 38; W. Ameling, *Herodes Atticus* (Subsidia epigraphica 11), Hildesheim 1983.

<sup>29</sup> Bowersock-Jones, 36.

<sup>30</sup> Bowersock-Jones, 38.

<sup>31</sup> Ritti, 107 s.

<sup>32</sup> Bowersock-Jones, 37.

<sup>33</sup> Bowersock-Jones, 40.

<sup>34</sup> Anderson, *Philostratus*, 48 ss.; Anderson, "The *pepaideumenos*", 96 ss.

también recomendadas por el *maestro* de Luciano, eran rasgos de carácter común a muchos de los sofistas no sólo por ser un medio para impresionar, sino también por ser un procedimiento para hacerse respetar en un medio profesional complicado en el que las tensiones y los enemigos eran frecuentes. Polemón sin sus malos humores y sus gestos de desdén, sin duda no hubiera parecido tan imponente (VS 534 s.) y es posible que Filagro si no hubiera sido tan irascible (VS 578,580 s.), todavía hubiera tenido que soportar un mayor número de bromas de parte de los discípulos de Herodes Atico.

Pero estos esfuerzos de los sofistas por destacar perseguían obviamente una recompensa del tipo de las que alcanzó Dionisio de Mileto que *recibió grandes distinciones de cuantas ciudades lo admiraban por sus dotes; extraordinarias, de manos del emperador. Adriano, en efecto, lo nombró "sátrapa" de provincias muy importantes, lo hizo inscribir en el orden ecuestre y en las listas de los que son alimentados en el Museo...* (VS 524)<sup>35</sup> o del estilo de las que recibió Adriano de Tiro quien fue enaltecido por el emperador con todo tipo de privilegios, tales como como la manutención pública, proedría, exención de impuestos, sacerdocios, y regalos (VS 589)<sup>36</sup>. Eran aspiraciones con las que se podían estimular los propios sofistas desde jóvenes, como le sucedía a Diógenes de Amastris que maquinaba desde muchacho cómo conseguir gobiernos provinciales o cargos públicos dependientes del emperador (VS 592)<sup>37</sup>. El caso de Antípatro de Hierápolis no sólo insiste en los mismos aspectos, sino que también ejemplifica las distintas maniobras para asentar y mejorar su posición una vez que se encontraban en una posición de privilegio<sup>38</sup>.

Reunidos todos estos rasgos entre los sofistas venían a convertirse en signos de su notoriedad. Incluso sus defectos y desmesuras se convertían en elementos diferenciadores que les otorgaban un cierto prestigio. Ciertos comportamientos inadmisibles en otras personas eran soportados en los sofistas, porque se pretendía que eran rarezas derivadas de su genio y, en último extremo, una especie de *impuesto* que necesariamente había que pagar por su talento<sup>39</sup>. Lo que Luciano presenta con indignación en el *Maestro de retórica* es cómo un sofista o rétor podía componer su figura con todos aquellos gestos que constituían la norma entre los grandes sofistas, pero sin tener el talento y sin cumplir la función social que justificaba a gentes como Escopeliano, Polemón, Herodes, Aristides y otros tantos.

La reflexión crítica que aparece en el *Maestro de retórica* de Luciano quizás fue

---

<sup>35</sup> Bowersock-Jones, 37.

<sup>36</sup> Bowersock-Jones, 37 s.

<sup>37</sup> También este particular en la biografía de Antípatro ha sido bien estudiado por T. Ritti, 92 ss.

<sup>38</sup> Ritti, 92 ss.

<sup>39</sup> Recuerda a lo que sucedía con ciertos profesores de la Universidad española de hace algunos años de los que se recordaba un largo anecdotario de singularidades, en ocasiones auténticas tropelías, que se les permitía por su talento y/o notoriedad social.

dirigida contra una persona concreta<sup>40</sup>. A fin de cuentas Luciano era también otro sofista y no vivía al margen de las rivalidades y prácticas que él mismo criticaba. Así surge el vituperio contra un contendiente, pero éste pronto se convierte en una buena ocasión para tipificar lo que él estima malos usos de las palabras -en donde los aspectos técnicos van estrechamente ligados a los éticos- y para elogiar, por contraste, sus contrarios. Así el modelo del buen orador va surgiendo en los distintos autores de los que nos han llegado referencias sobre el particular como un procedimiento de autoafirmación. Es también el caso de Elio Aristides por más que su formulación presente unos rasgos mucho más complejos y teóricos.

### *3. Significado de las reflexiones sobre el buen uso de la palabra en tiempos de la Segunda Sofística*

A pesar de las interesantes referencias críticas que aparecen en la obra de Luciano, sería desproporcionado abordar el significado y orientación de la oratoria de su época desde la perspectiva que él ofrece, la pretensión del de Samosata era relativamente modesta y circunstancial. No es deducible un modelo del orador de por entonces por medio del *Maestro de retórica* a pesar de que facilita no pocos rasgos de interés. No sólo se trataba de un oficio del que se podían obtener más o menos beneficios en virtud del talento o desvergüenza del que lo practicara. La oratoria tenía un alcance y significado muy superior al deducible de unas reflexiones y críticas fruto de las rivalidades que pudieran existir entre sofistas y de sus extravagancias.

#### *a. La oratoria griega en tiempos del Imperio Romano*

Y en este sentido lo primero que se debe señalar es que la oratoria por entonces se seguía considerando un elemento imprescindible en la formación de toda persona que tuviera aspiraciones políticas en las ciudades griegas de época altoimperial. Plutarco lo señalaba explícitamente en los *praecepta gerendae rei publicae* e indicaba que la formación del político en ciernes debía comenzar con el aprendizaje de la oratoria (801 C-804 C)<sup>41</sup>. Tal afirmación, por otra parte, discurría junto con otras en las que recordaba que las grandes ocasiones de antaño para un ejercicio imponente de la vida pública habían desaparecido (805 A)<sup>42</sup>. Dicho con otras palabras, que por más que el ámbito de actuación se hubiera reducido por la dominación romana, todavía se consideraba oportuna una formación retórica al antiguo estilo y adecuados los ámbitos en los que esta se podía llevar a la práctica. Esto lo dice Plutarco refiriéndose a la oratoria política y forense y sin que le fuera grata la oratoria de

---

<sup>40</sup> Se ha pensado, pero es discutible, que Luciano tuviera en la punta de mira de este libro a Pólux.

<sup>41</sup> Me remito al comentario que hice a los pasajes correspondientes de esta obra en *Plutarco. Consejos políticos*, 137-145.

<sup>42</sup> *Plutarco. Consejos políticos*, 146 s.



exhibición.

Se ha enfatizado tanto para este período el significado y alcance de la oratoria de aparato, el desarrollo de las declamaciones y del género epidíctico<sup>43</sup> que me ha parecido oportuno comenzar este apartado con esta referencia contraria a este punto de vista y que precisamente procede de una obra, *Consejos políticos*, que se considera una de entre las que mejor documenta las aspiraciones y prácticas de la aristocracia griega de época altoimperial. Con ello lo que deseo señalar es que la oratoria no necesariamente era una práctica superflua, sino que se ajustó a las posibilidades de la época. Y en ese proceso de adaptación fue llenando no pocas de las necesidades que se le fueron presentando a las ciudades de por entonces: discursos que se ajustaban al calendario festivo de las ciudades (himnos a los dioses...), a las visitas de los emperadores o gobernadores, discursos de embajadas en los que se solicitaban privilegios y se mostraba la lealtad de la ciudad de turno, elogios de las ciudades que contribuían a una afirmación ciudadana, discursos ante las asambleas para hacer alguna propuesta política, pidiendo, por ejemplo, ponderación ante comportamientos considerados inadecuados por el orador...Es decir, la oratoria cubría todas las facetas posibles de la vida pública de las ciudades griegas hasta los límites que la época permitía. Es normal, por consiguiente, que la aristocracia griega, que además en su mayoría consideraba adecuado el marco impuesto por Roma<sup>44</sup>, no desdenara este ámbito de actuación, ni descuidara la formación adecuada para el desempeño oportuno de lo que consideraban sus responsabilidades exclusivas.

En esta perspectiva hay que entender el significado político y social de los autores de la Segunda Sofística: suelen tener un origen aristocrático, son personas relevantes en sus ciudades, cumplen una función social y política de importancia, la práctica de la oratoria es lo que les consigue a ellos prestigio y a sus ciudades beneficios y, en general, vienen a presentar el ejemplo más acabado de aristócrata griego de época altoimperial. Así las cosas, se explica que fuera surgiendo un modelo de actuación de este aristócrata-orador de la época frente a otros posibles modelos -en concreto el filosófico<sup>45</sup>- y frente a las diversas concepciones y prácticas al uso en torno a las

---

<sup>43</sup> Es importante enfatizar también que buena parte de las actividades políticas de los griegos de la época encuentran su cauce en expresiones que formalmente pertenecen al género epidíctico: los elogios a los emperadores, los discursos de embajada, los elogios de las ciudades, las charlas...En este sentido la relación de los distintos tipos de discursos epidícticos atribuidos a Menandro Rétor (cf. la ed. de Russell y Wilson, Oxford, 1981) es al mismo tiempo un cómputo bastante extenso de las responsabilidades públicas con las que se encontraba la aristocracia griega con respecto a sus ciudades. Desarrollo estas ideas en un trabajo que se halla en prensa: "Menander Rhetor and the Works Attributed to him", *ANRW*, II 34, 4.

<sup>44</sup> Cf. la introducción a *Plutarco. Consejos políticos* y la bibliografía allí citada. De entre todos los trabajos y a pesar de que tiene un campo temático restringido me sigue pareciendo óptimo en el desarrollo de este particular el de E. Gabba, "Storici greci dell'impero romano da Augusto ai Severi", *RSI* 71, 1959, 361-81.

<sup>45</sup> Que no siempre se presenta como un modelo contrario al del sofista. Cf. los dos primeros capítulos del libro de A. Brancacci, *Rhetorike philosophousa. Dione Crisostomo nella cultura antica e bizantina*, Roma 1985.

cuales surgieron múltiples discrepancias derivadas en buena medida de las rivalidades de los sofistas.

#### 4. *El modelo del buen orador en Elio Aristides*

De las ironías y comentarios que Luciano ofrece en el *Maestro de retórica* se deduce un modelo con el que se propugna una formación sólida para el orador, honestidad, prudencia, sobriedad,..., en último término autenticidad en su práctica, frente a todos los vicios contrarios, con los que ve actuar a algunos de sus contemporáneos. Sin embargo, el modelo del sofista de Samosata se aprecia limitado, si se le compara con las reflexiones que sobre la retórica y su práctica en sus rasgos generales y particulares expuso Elio Aristides en no pocas de las obras que se nos han conservado.

##### *a. Las obras de Aristides que nos hablan del modelo del buen orador y del significado de la retórica*

El volumen de textos relativos a la retórica que se pueden encontrar en Elio Aristides es acorde con la importancia que en su época tenía como instrumento para la práctica de la oratoria. Obras de este autor específicamente dedicadas a dilucidar el sentido de la retórica o a justificar su práctica son: *En defensa de la retórica* (II L-B)<sup>46</sup>, *En defensa de los cuatro* (III L-B)<sup>47</sup>, *A Capitón* (IV L-B)<sup>48</sup>, *A quienes le critican porque no declama* (XXXIII K)<sup>49</sup>, *Contra quienes se burlan de los misterios de la oratoria* (XXXIV K)<sup>50</sup> y *Sobre una digresión personal* (XXVIII K)<sup>51</sup>. Se ha de destacar no sólo el número de obras, sino también la extensión, en especial de los discursos platónicos.

Surgen estas obras por motivos diversos y en circunstancias distintas. Los discursos platónicos fueron sucesivas respuestas a las críticas de las que era objeto la retórica de mano de Platónicos o no platónicos -quizás cínicos que utilizaban los argumentos

---

<sup>46</sup> Fechado entre el 145 y el 147 d. C., cf. C. A. Behr, *Aelius Aristides and the Sacred Tales*, Amsterdam 1968, 54-56; A. Ramírez de Verger, *Elio Aristides. Discursos I* (BCG 106), Madrid 1987, 257-264.

<sup>47</sup> Fechado entre 161-165, cf. Behr, 94 s.

<sup>48</sup> Fechado en torno al 147, cf. Behr, 54, 59 s.

<sup>49</sup> Fechado en el 166, cf. Behr, 102 s.

<sup>50</sup> Fechado en el 170, cf. Behr, 45, 106 s.

<sup>51</sup> Fechado entre el 145 y 147, cf. Behr, 53.

especialmente del *Gorgias*, también del *Fedro*<sup>52</sup>. Se renovó la vieja rivalidad entre retórica y filosofía que tenía sus antecedentes en el siglo IV a.C. -un procedimiento habitual en una época en la que de continuo se están buscando modelos en el pasado- y se trajeron a colación los argumentos de Platón, cuyo pensamiento había recibido nuevos impulsos durante el s. II d.C. y cuya obra ofrecía un grandísimo atractivo no sólo a los filósofos, sino también a los sofistas<sup>53</sup>. La intención de Aristides, sobre todo en el *Contra Platón: en defensa de la retórica*, fue establecer los fundamentos teóricos a través de los cuales se pudiera presentar la retórica no ya como algo parangonable a la filosofía, sino incluso superior a ella. Describe la retórica como una *techne* demoníaca capaz de conciliar todo lo humano en un conjunto armónico (II 424):

*"[Y así] se inventó la retórica, que llegó como la salvaguarda de la justicia y el lazo de vida para los hombres, con el fin de que los asuntos no se decidieran por la fuerza ni por las armas ni por tomar la delantera ni por el número ni por el tamaño ni por otra circunstancia desigual, sino que la razón determinara lo justo en un clima de paz." (II 210. Trad. de A. Ramírez de Verger)*

Por supuesto que de la retórica se puede hacer un mal uso (II 178 ss.; II 247 ss.), pero de esa retórica no hay que hablar, es una desviación, o mejor dicho, simplemente no es retórica, porque no cumple los objetivos para los que fue creada, de la misma forma que una medicina que causara la muerte en lugar de curar no podría ser llamada propiamente medicina. La auténtica retórica participa de las virtudes y es incompatible con un uso perverso de la misma. Surgió en pro de la justicia y seguridad de los hombres, de igual forma que las leyes (II 257-258), fue creada como el procedimiento humano para refrenar la fuerza bruta y como garantía para poder propiciar la paz y la justicia (II 207).

Ni que decir tiene que un arte semejante encuentra su posibilidad de aplicación práctica en el ámbito cívico y así lo señala expresamente Elio Aristides en distintos pasajes de la misma obra. Los oradores al contrario de lo que afirmaba Platón no eran, decía Aristides, aduladores del pueblo, muy al contrario son sus dirigentes naturales (*El corifeo manda sobre el coro, el piloto sobre los marineros, el general sobre los soldados, el orador sobre el pueblo.* (II 192. Cf. 190), hombres capaces de persuadir a la plebe de lo que es más correcto por medio de los mejores argumentos:

---

<sup>52</sup> M. B. Trapp, "Plato's *Phaedrus* in Second-Century Greek Literature" en D.A. Russell (ed.), *Antonine Literature*, Oxford 1990, 141-173.

<sup>53</sup> Además del mencionado artículo de Trapp cf. Ph. de Lacy, "Plato and the Intellectual Life of the Second-Century A.D." en G. W. Bowersock (ed.), *Approaches to the Second Sophistic*, University Park, Pennsylvania 1974, 4-10; Anderson, "The *pepaideumenos*", 118 ss.

*"Porque saben que los oradores en el ejercicio de su profesión no dicen lo que place a la audiencia cuando toma asiento..., sino que saben que los oradores desde hace tiempo prestan atención a este punto entrenándose en decir lo que la realidad de los hechos exige, conjeturando su naturaleza, no la de la audiencia, y si atienden a la naturaleza de la audiencia, lo hacen no para servir a sus deseos ni para decir cuanto ésta desee escuchar, sino para tener el poder de la persuasión al decir cuanto es mejor."* (II 185. Trad. de A. Ramírez de Verger)

El orador, pues, aparece en estos términos descrito como rector de la vida pública de las ciudades buscando por medio de su arte retórico el buen orden de la ciudad y la concordia de sus habitantes (*"Así, pues, no sólo desde un principio el poder de la retórica determinó y estableció tales asuntos, sino que incluso ahora la retórica mantiene todavía juntas y adorna ciudades construidas hace mucho tiempo, buscando siempre lo que es apropiado para su presente realce."* (II 400))<sup>54</sup>. Expresamente señala Aristides que, junto con una especie de supervisión general para la buena marcha de los asuntos cívicos, había algunas ocasiones en las que se debía poner en práctica el talento del orador y su *arte*: la administración de la justicia, las asambleas y las embajadas (II 401). No son menciones casuales, son algunas de las tareas que se consideraban específicas de la aristocracia de las ciudades griegas, la misma para la que Plutarco deseaba una buena formación retórica.

Un planteamiento tan modélico de la práctica oratoria elaborado para que formara parte de una refutación escrita con objeto de poner coto a las críticas de adversarios puede dar la impresión de que carecía de referentes contextuales; se puede pensar que se trataba de una construcción ideal un tanto desmesurada, cuyas exageraciones surgen como fruto de la polémica. Sin embargo, la información que poseemos de la función cívica y política que desarrolló Aristides -y por lo que sabemos por medio de las *Vidas de los sofistas*, su caso no era un ejemplo aislado- a través de su condición de sofista oficioso de la ciudad de Esmirna, una vez que se murió Polemón, nos permite desechar buena parte de esta primera impresión. Elio Aristides en distintos discursos cumple con ese objetivo y función de cohesión social e instrumento de pacificación que atribuía a la retórica. Recuérdese el discurso sobre la concordia (XXIII K)<sup>55</sup>, en el que pedía sosiego a las grandes ciudades del *koinón* asiático enfrentadas por *absurdas* cuestiones de protocolo, o el panegírico en Cícico (XXVII K)<sup>56</sup>, en el que insistía sobre el mismo tema y llevaba a cabo un elogio de los emperadores, o los panegíricos a la ciudad de Esmirna (XVII K, XXI K)<sup>57</sup> con

---

<sup>54</sup> Está atribuyendo al rétor las mismas funciones que Plutarco le asignó al político en sus *praecepta*, cf. Gascó, *Plutarco. Consejos políticos*, 25-32.

<sup>55</sup> Behr, 63 ss.

<sup>56</sup> Behr, 92 ss., 100 ss.

<sup>57</sup> Behr, 91 s.

los que reforzaba la comunidad ciudadana estimulando la conciencia cívica por medio de un elogio de la ciudad, o la carta dirigida a los emperadores (XVII K) solicitando ayuda para la ciudad que había sufrido los efectos devastadores de un terremoto, o el discurso a los de Rodas sobre la concordia (XXIV K)<sup>58</sup>, donde pidió a los habitantes de esta ciudad que resolvieran amistosamente sus diferencias para evitar una intervención de Roma. Y qué decir de la función que tuvieron el Discurso *a Roma* y el *Panatenaico*<sup>59</sup>...

Esta relación que he hecho, que se podía matizar en distintos aspectos, entiendo que ilustra distintos particulares. En primer lugar sirve para insistir en el hecho de que no toda la retórica de la época se empleaba en fuegos de artificio, por más que estos existían, y que parte de la función rectora de la aristocracia se realizaba en ocasiones específicas y ante distintos problemas por medio de piezas de oratoria, que venían a ser en ciertos casos expresión final de procesos de desavenencia, negociaciones, acuerdos sociales e institucionales. Se explica por consiguiente que se le dé importancia a esta práctica, por ser un patrimonio de la aristocracia y por constituir un instrumento importante para el ejercicio del poder. Los sofistas de la época, que no son sino rétores de gran notoriedad social y que actúan públicamente con sus discursos, constituyen los modelos más acabados de esta forma de actuar, de estos compromisos sociales y cívicos y justifican que se reflexione sobre el significado y alcance de su actividad. Pero es una reflexión que como hemos visto parte de modelos distintos y supone distintas implicaciones según sea Luciano o Elio Aristides el que la realice.

¿Por qué aparece en Aristides la retórica como marco teórico y la oratoria como práctica con un significado tan desmesurado? ¿Por qué le concede tanta importancia? ¿Por qué considera que implica de una forma tan radical a quien la posee y tiene unos efectos sociales tan decisivos? La respuesta a estas preguntas tiene una parte que posee un carácter más general y otra un carácter más privado. La parte con un carácter más general hay que fundarla en el reconocimiento de que la retórica era en la época un indicador social importante y junto con el evergetismo formaba era un instrumento de acción pública influyente con el que contaba la aristocracia de las ciudades griegas de época altoimperial. Plutarco en los *Consejos políticos*, lo que sabemos de Dion de Prusa, el propio Elio Aristides y múltiples sucesos narrados en las *Vidas de los sofistas* de Filóstrato soportan esta afirmación.

Pero, como decía, la respuesta tiene también otro aspecto privado, me refiero a los singulares rasgos de carácter de Elio Aristides<sup>60</sup>. Este sofista cuando había perdido las esperanzas de poder proseguir su carrera como orador a causa de una enfermedad

---

<sup>58</sup> Behr, 73 s. Ultimamente se cuestiona que este discurso sea de E. Aristides.

<sup>59</sup> Se pueden consultar los dos estudios clásicos de J. H. A. Oliver, "The Ruling Power", *TAPhS*, 43 (1953), 871-1003 y de "The Civilizing Power", *TAPhS* 58, 1968, 1-223. Bibliografía más reciente sobre estos y otros discursos de Aristides se puede hallar en la relación de títulos que se ofrece en F. Gascó y A. Ramírez de Verger, *Elio Aristides. Discursos I*, 96-103.

<sup>60</sup> Sobre los aspectos biográficos de Elio Aristides cf. la obra ya citada de Behr y la puesta al día que se hizo en la introducción a *Elio Aristides. Discursos I*, 7-103.

es rescatado por el dios Asclepio que le arranca de su postración y que a partir de ese momento se le presentará en sueños a lo largo de su vida para confortarle, prescribirle todo tipo de remedios para sus enfermedades reales o ficticias y para orientarle profesionalmente en su actividad como orador. De todo ello da cuenta en sus *Discursos sagrados*. Entendía, por tanto, Aristides que la práctica de la oratoria en su caso era una vocación divina que se hizo efectiva no sólo con los alivios periodicos de su enfermedad, sino también por medio de una constante solicitud del dios que le indicaba el tipo de obras que debía componer, las ocasiones en las que debía pronunciar sus discursos e incluso los autores que le debían servir de modelo (especialmente el L 14-27 K). Expresamente indica que la parte más importante de su preparación la consiguió por medio de los sueños, pues en ellos oyó cosas que superaban en pureza de estilo y brillantez todos los modelos de oratoria -humanos se entiende- que tenía (L 25 K).

La enfermedad le depositó en brazos de Asclepio y con la ayuda del dios sanador pudo reiniciar con éxito su carrera de orador, pero puesto que era la enfermedad lo que le asociaba con la presencia y solicitud del dios, Aristides nunca dejará de estar enfermo para no arriesgarse a interrumpir ese lazo de comunicación que le asocia con su salvador, guía y patrono.

Con estos datos se explica que Aristides considerara la oratoria como algo que superaba con creces una práctica profesional que se podía ejercer con mayor o menor talento, con honradez o desvergüenza. Para él era un sacerdocio, una religión semejante a las místicas a la que sólo tenían acceso unos pocos iniciados, recuerden su obra *Contra los que se burlan de los misterios de la oratoria*, en la que describe al orador como un *mystes*. Una concepción de la oratoria en estos términos nos remite a la intromisión de lo divino o demónico, propiciada por la sensibilidad religiosa del período, en una actividad que carecía de esta influencia. De igual forma que los filósofos criticados por Luciano en el *Philopseudés* admitían una presencia constante de fuerzas sobrenaturales en los asuntos de los hombres, Elio Aristides consideró que su práctica retórica e incluso su vida misma era un don de Asclepio con unas decisivas implicaciones morales y sociales<sup>61</sup>. Pero sobre todo una dignificación tal de la oratoria en los términos que llevó a cabo Elio Aristides no hacía sino ratificar de forma complementaria el protagonismo e importancia que tenían y pretendían los sofistas en sus ciudades.

El modelo excelso de buen orador que nos ha dejado Aristides no sería sino la expresión más completa y compleja que se nos ha conservado sobre la voluntad de las aristocracias griegas de justificar una de sus actividades más relevantes en un contexto, como era el de la dominación romana, que ciertamente no contribuía a su crédito.

---

<sup>61</sup> Sobre la intromisión de lo sobrenatural en múltiples ámbitos en los siglos II y III d.C., cf. F. Gascó, "El asalto a la razón en los siglos II y III d. C." en J. M. Candau, F. Gascó, A. Ramírez de Verger (eds.), *La conversión de Roma*, Madrid 1990, 25-54.